
M. VÁZQUEZ MONTALBÁN
Autobiografía del general Franco

Barcelona, Planeta, 1992, 663 pp.

La *Autobiografía del general Franco* de M. Vázquez Montalbán (VM) va por su 7ª edición, de 90.000 ejemplares. Es, por tanto, un éxito de ventas, como sin duda había previsto la editorial Planeta, a quien guió su sentido de la oportunidad y conocimiento del mercado en la elección de un autor de prestigio con una dilatada y reconocida trayectoria literaria (en este caso, narrativa), por el que apostó muy pronto y del que ha publicado no menos de 17 novelas (aunque la primera obra narrativa de VM, *Recordando a Dardé y otros relatos*, la publicó Seix Barral en 1969).

Parece como si todo hubiera ido preparando a VM para escribir una deseable *autobiografía* del Gral. Franco: sus vivencias de hijo de represaliado político y de una época "cruel" (así se la califica en la portada), debelador de la "barbarie" franquista y estudioso con afán de la misma en sucesivas aproximaciones a las declaraciones públicas de Franco, desde la preparación del libro antológico que le publicó Ruedo Ibérico y la exposición de la *Crónica sentimental de España* (Lumen, 1971), al análisis detenido de su sistema ideológico en *Los demonios familiares de Franco* (Dopesa, 1978) o la misma *Crónica sentimental en la transición* (Planeta, 1985), por no hablar de sus escritos periodísticos en diversos medios. El modo como VM desarrolla la novela muestra ese lenguaje sintético suyo, cuya naturalidad de expresión estalla, por sucesivos guiños, en la mente del lector, en un chisporroteo de asociaciones de las que estaba preñado. Una *autobiografía*, aunque fuera de otro coetáneo, ofrecía a VM la oportunidad de seguir explorando y explotando esa rememoración del espacio vital que se filtra en toda su producción y manifestar esa cualidad, tan propia de su narrativa, de enmascaramiento de lo biográfico, aquí bajo el disfraz del supuesto *escribidor* madrileño Marcial Pombo, por todas partes, excepto por su lugar de nacimiento, *tan cercano* en su biografía al autor.



Era al parecer necesario, por imperativos de calendario, “resucitar” al Gral. Franco. Es de agradecer que de este acto taumátúrgico se encargara VM, ante la amenaza de panegíricos y otros enfoques biográficos de la figura y obra del *otoñal* General, para contrarrestar sus efectos deletéreos y para, una vez desvelados los trucos del militar ferrolano por una víctima de sus embustes y, debidamente desenmascarado, volver a ponerlo bajo pesada losa, desvanecido como una amarga pesadilla que haya aflorado desde el inconsciente. Y, además, era conveniente que, prescindiendo de efemérides circunstanciales, se intentara plasmar en una gran novela este tema o figura, para dejarla como constante recordatorio.

Afortunadamente VM se encuentra entre los que pueden escribir una válida obra de este tipo, para, a través de ella, como obra de arte, no sólo convencer sino conjurar o exorcizar, es decir vencer y expulsar definitivamente esos *demonios familiares* del franquismo. Así la visión de un talante y de un período histórico execrables quedan fijados por alguien que actúa de testigo, fiscal y juez (funciones todas que ejerce VM en esta querrela) en una obra duradera, puesto que asociada al placer estético.

Entre los problemas que sin duda se plantea todo creador precisamente debió asaltar a VM el de cimentar una *Autobiografía* creíble, cuando precisamente toda autobiografía representa una “falsa objetividad” –p. 20–, o escribir sobre sí mismo como personaje de novela y, por consiguiente, de ficción y, además, no ofrece hechos de vida, sino que interpreta: en el género de la autobiografía no se dice la verdad, sino que “se dice que se dice la verdad” (C. Clausen). Otro planteamiento del autor debió ser cómo facilitar la lectura hasta el final de una obra extensa al lector medio. Creo que VM ha conseguido con brillantez lo primero, precisamente por haber logrado convertir la *autobiografía* en una *biografía*, lo que significa haber esquivado el peligro de la falsa objetividad, ganando un alto grado de credibilidad para su relato. Pero dudo que logre lo segundo. Y ¡poco tendrá que ver con esto el éxito de ventas! ¡Cuántos libros se compran y no se leen o sólo se empiezan a leer! Temo que las 663 apretadísimas páginas de la novela estén ahuyentando al lector o desalentándolo de seguir la lectura hasta el final.

Y, sin embargo, VM no ha regateado esfuerzos para lograr los objetivos que se proponía y que aquí vamos viendo. Entre ellos, el principal y decisivo: la estructura de la novela. VM deja que el General se explaye a satisfacción y permite oír esa su voz tan característica y su más nítido estilo –lo que no deja lugar a dudas en cuanto a la autenticidad. Pero aplaudo la presencia del segundo factor estructural: las apostillas que el autor de la *Autobiografía* va desgranando, cada vez con mayor amplitud, tras los plúmbeas parrafadas del Gral., hasta quedar ese *escribidor* Marcial Pombo con la última palabra, en el Epílogo, convirtiéndose así en portavoz del juicio de la historia, al que se remitió como prácticamente único tribunal el Gral. Franco. Marcial Pombo, es decir, VM (y, con él, el lector) es, así, la respuesta y el desquite de tantos



españoles frente a la imposición de unas ideas e interpretaciones de hechos que durante mucho tiempo debimos creernos y el reencuentro con nosotros mismos desde la nueva situación de dueños de la libre conciencia de responsables ciudadanos. Los otrora esclavizados sienten la liberación del peso de unas décadas ominosas, cuyo solo recuerdo resulta maloliente, como tan gráficamente dijo VM.

Pero este ingenioso recurso logra muchos otros efectos positivos. Concretamente en este juego dialéctico es donde reside el máximo placer del lector. Nada hay en verdad en lo que de sí nos cuenta el Gral. no ya de apasionante sino ni siquiera de interesante, fuera del interés intelectual por conocer una época también desde la perspectiva de *uno* de sus protagonistas. Pero esa desvaída dimensión *humana* del discurso autobiográfico encuentra en las apostillas ese contrapeso de frescura (en los varios sentidos de la palabra), de humor, de defensa de la alegría de vivir y de la sensatez, de la medida y sentido de lo humano, que se constituyen en aliciente de la lectura.

En las apostillas encontramos también ese contrapunto a la ausencia del diálogo (característica de la autobiografía), casi consustancial con la novela, como vio Cervantes. El enfrentamiento del escritor produce inevitablemente el diálogo, un diálogo cargado de tensión; y, con el diálogo, la variedad de tonos y de puntos de vista. Si, además, consideramos que el escritor aporta sin cesar hechos y documentos para rebatir las seguras ideas y las falseadas interpretaciones de los hechos del biografiado, asistimos a una polifonía de voces que arrumba el cansino, monocorde y mortecino monólogo del Gral. Franco. Aplaudo, pues, la utilización de este recurso con el que VM destierra la pesadez y el pesar de la lectura de un tema y de una obra que por interés profesional hubiera debido soportar: al fin y al cabo toda novela debe entretener y procurar el deleite o interés tanto del que cuenta como de quien oye la historia. El acierto, el gracejo y el buen hacer de fabulador disipan la repugnancia y el tedio (quizá en buena parte pretendido) que genera el monólogo de Franco, manteniendo despierto y vivo el interés.

Una obra tan valiosa como ésta debería presentarse libre de algunas pecas que afean su superficie, producto de la precipitación con que se lanzó la publicación, que se mantienen pese a la corrección de otras muchas de ellas desde la 2ª ed. a la 7ª. Sería conveniente repasar la puntuación y colmar alguna laguna en el texto (especialmente en las pp. 149 y 463). Hay al menos dos apostillas sin relación con el contexto inmediato: pp. 243 y 394 ss., a partir de la línea 4. Y, en aras de la verosimilitud, más necesaria en una *autobiografía* que en otras formas de novelar, deberían suprimirse ciertas concesiones a los usos lingüísticos del español coloquial o *al uso*, así como determinadas expresiones de la jerga político-tecnocrática actual, que muy difícilmente pudieron estar en labios de un Gral. Franco, quien también lingüísticamente era muy conservador. Todo esto se me antoja un síntoma de que el original no recibió un repaso suficiente antes de entregarse a imprenta. Y pienso que eso sucedió por mor de las fechas: el libro tenía que estar en las librerías el 20-N, para competir con otras

obras también pensadas para la efemérides. Así la *Autobiografía* refleja la producción literaria de nuestros días, que no se deja reposar y queda falta de lima, por su sometimiento a los imperativos del mercado mucho más que a los del arte. La obra literaria corre, así, la suerte de los objetos de consumo inmediato: ser pasto de la voracidad del momento, carentes de las necesarias defensas contra los embates del tiempo.

No merece esta suerte la *Autobiografía del general Franco* de VM, que es una obra que recoge y culmina el esfuerzo dilatado del autor por lograr obras de calidad. Aunque el esfuerzo y el entusiasmo de narrador de VM se nota en cualquiera de sus obras, se diría que, una vez consagrado ya como autor de novelas e incluso reconocido como escritor triunfante de relatos de tema histórico, como *Galíndez* (1991), aquí se jugaba algo más que su reconocimiento profesional: el rescate de su memoria y de su vida. Es el último asalto contra un adversario persistente e insidioso, marrullero y trampista, contra un profesional de la treta y el embuste que llega a creerse él mismo. VM desenmascara esos trucos y con esta *Autobiografía* asesta un golpe que vence al contrincante por *k. o.* Se ha hecho justicia, y no sólo porque esto sucede en todo buen relato (K. Brandys).

JULIO ALONSO ASENJO

